

Gmo. Koenenkampf

Romance de la visión encontrada

I



Dieciocho era de septiembre,
días de fiestas crecidas;
yo también, por festejarme,
de la ciudad me salía.

Salíerame de Santiago;
para Cauquenes me iba
con dos amigos probados
que convidado me habían.

El uno era Luis Durand,
Luis Durand, ese cuentista;
Mariano Latorre el otro,
cuentista de nombradía.

II

Llegáramos a Rancagua,
Rancagua, la esclarecida;
lloviera traidora lluvia,
bien mojado nos había.

Esperáramos el tren
que a las cordilleras iba;
no había do guarecerse...
¡con el gran frío que hacía!

Perdiérase ahí Mariano;
Durand, tras él se perdía,
y yo quedara perdido
bajo la lluvia llovida.

Llegara bufando un monstruo.
¡a todos se nos comía!

A esos tres frailes panzudos
y a esas dos viejas judías.

Dragón de óndulante vientre,
reptaba la cuesta arriba;
sobre sus escamas grises
flechas en vano arrecían.

«¡Quién me ataja!» «¡Quién me ataja!»
el monstruo se enfurecía;
y por sus hálitos negros
lloviendo cenizas iba.

Lloviendo ceniza y fuego
reptaba la cuesta arriba:
«¡Quién me ataja!» «¡Quién me ataja!»
¡con el gran frío que hacía!...

Tiembla y tiritita la gente
que en sus vientres no cabían:
el poeta, que va mustio,
y la doncella cautiva.

Tiembla y tiritita la gente;
yo temblando también iba,
y pensando iba en Latorre
y en Durand, dónde estarían.

Se oyera un aullido largo;
el monstruo se detenía;
por sus diez bocas abiertas
la gente huyendo salía.

Todos salieran huyendo;
yo, que tras ellos huía,
allí me quedé mirando...
¡bien veréis lo que veía!

¡No era el monstruo, no era el monstruo
el que aventaba cenizas!

¡No eran cenizas de monstruos
las que del cielo caían!

Ahí me quedé mirando,
¡con el gran frío que hacía!
mirando muy admirado.
esa tan gran maravilla.

Todo era un palpitar blanco
que del cielo descendía,
tal si un ángel desplumara
alguna garza infinita.

Todo era blanco: el barranco,
por el que el río corría,
y unos puentes sobre el río
y un bosque en aquella orilla.

Y un picacho, más abajo,
en que albos muros había;
de ensueño me parecieran,
¡tan albos que se veían!

Blancuras que nunca viera
me blanqueaban la vista,
y un rumor blanco sin ruido
por todas parte venía...

III

Bajé corriendo el barranco,
—ya el frío me entumecía—;
crucé un puente sobre el río,
crucé otro puente de cimbra.

Sin saber cómo ni cuándo
dos puentes cruzado había,
y repechara una rampa
que zigzagueando subía.

Allí llegué a un tercer puente,
—levadizo bien sería—;
«Quebrada de Los Huinganes»,
allí unas letras decían.

Allí mirara la hondura,
allí mirara esa sima,
allí mirara mi miedo
que tras la nieve, caía.

Allí mirara y mirara,
la vista al fin sacudía,
y me fuera de allí andando
por entre el bosque, de prisa.

Andando iba, y mirando,
por entre peumos y encinas,
blanco de flores de nieve
y verde de fantasía.

Cuando al llegar a un zaguán,
allí se me aparecía
sobre el telón de mi hechizo
imagen de hechicería.

Allí se me apareciera
blanca, tenaz, repentina,
rozando apenas la nieve
llama que la derretía.

Allí me quedara ciego
junto a un pilar que allí había;
mientras por los corredores
la llama ardiendo se iba...

Ciego me quedé, mirando
cosas que yo no veía;
evocaciones lejanas
de castillos y valquirias.

Evocaciones lejanas
que ahora verdad serían...
¡Cauquenes, toda de blanco,
así tal me recibías!

¡Cauquenes toda de blanco
con candores y malicias:
visión que en ti se me hiciera
nunca se me deshacía!